

infinito, con caridad inmensa, después de muchos saludos me diste la mayor dádiva que tuviste y pudiste, don preciosísimo, dádiva perfecta, á vuestro Unigénito Hijo digo, y con Él todas las cosas, y de tal suerte me le diste, que se hizo como gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abatimiento del pueblo! ¿Quién consideró tales cosas que no amó? ¿Quién las pasó por la memoria y no se derritió en amor de Aquel que las hizo? ¿Hay alguno que, oyendo lo que Dios ha hecho por su Esposa, no confiese que está herido y hechizado y fuera de sí por Ella? Verdaderamente ninguna otra ganzúa fuera bastante á abrir aquellas entrañas de Dios, que, como lloraba Isaías, estaban cerradas, sino la del amor. Éste las abrió, y robó al Hijo, hirióle, hízole su prisionero, enfermóle y púsole en la cruz, y así le abrió con la dura lanza el pecho por de fuera para que se viese la herida de su corazón; y como había dicho, siendo Dios, á solas *herísteme*, lo pudiese decir siendo Dios y hombre, pues está en la cruz herido y muerto por el hombre.



CAPITULO XIII

DEL INSTRUMENTO CON QUE CONFIESA DIOS
HABER SIDO HERIDO DEL ALMA SU ESPOSA

VA que habemos visto á nuestro Dios herido, con todos los accidentes de amador heroico y verdadero, quedanos saber el instrumento con que le hirió su esposa, y le hieren las almas que tratan y comunican con Él, porque no es sola una herida la que tiene, sino muchas. *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa, vulnerasti cor meum*. Dos veces confiesa que le hirió, y tantas cuantas quisiéremos le heriremos, si con el ojo que le miró la esposa le miramos. *In uno* (dice) *oculorum tuorum, et in uno crine colli tui*.

Diversos autores he leído, y apenas he hallado dos que convengan en esto, que es en declarar qué ojo sea éste tan poderoso que, estándose Dios en su Reino, con un simple mirar le hiera y robe el corazón. Algunos dicen que este ojo es la fe de los Santos, no porque el mérito de ella iguale con la grandeza del beneficio de nues-

tra Redención, sino porque siempre estimó Dios tanto la fe de su esposa, que entre todas las virtudes parece que á sola ésta se dió. Mírense las promesas hechas á aquellos Patriarcas y Santos del Viejo Testamento, de quien hace mención San Pablo; los oráculos, profecías y particulares beneficios, y echarse ha bien de ver que en todas esas cosas siempre se le tuvo respeto á la fe. Y aun alabando Santa Isabel á la Virgen soberana, viéndola hecha relicario de las riquezas y tesoros del cielo, á su fe atribuyó tan gran recibo (1). *Bienaventurada sois, Señora, por haber creído; porque todo lo que de parte de Dios os dijo el ángel, se cumplirá en Vos sin faltar nada.*

Algunos doctores dicen que este ojo es la intención pura y recta en nuestras obras, que, como nota Crisóstomo (2), es la que las bautiza y da nombre, de buena si es buena, y de mala si es mala. Y á este propósito alegan aquel dicho del Salvador: *Si tu ojo, esto es, tu intención fuere clara, pura y sencilla, todo el cuerpo y masa de tus obras será clara y agradable á Dios* (3). Campo bien ancho y espacioso se nos había aquí ofrecido para tratar de la intención y extender nuestro tratado; pero como la mía sea

(1) Beata quæ credisti, quoniam perficientur in te quæ dicta sunt tibi a Domino.—Luc., 1.

(2) Chrysostomus in Matth.

(3) Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit.—Luc., 11.

tratar con gente perfecta, ó que anhela la perfección, no me pareció cosa razonable detenerme en estas primeras letras del *a, b, c* de los varones espirituales, sino pasar á sentidos más altos y que hacen más á nuestro propósito.

Ruperto, abad, dice que el ojo que hiere y lastima á Dios «es la uniformidad de nuestros deseos, enderezados á Dios con perseverancia». Trae aquello del libro primero de los Reyes, donde se cuenta de Ana, madre de Samuel, que después de haber llorado con amargura de corazón delante del Señor, y multiplicado sus ruegos, se fué á su casa, y sus semblantes no se mudaron más en diversas formas (1). ¿Qué uniformidad de semblantes, que ya no se mudan en diversas figuras, es ésta, dice este doctor, sino la identidad de los pensamientos y aquella intensísima perseverancia en una misma oración y ruegos? Aquel enderezar á Dios uniformemente nuestros pensamientos sin mudanza de semblantes de ánimo, hiere y lastima al Esposo celestial. Mas, pues no es una sola herida la que tiene en el corazón, ni solo un instrumento el con qué se confiesa herido, porque dice: herísteme, hermana; herísteme, esposa, en un ojo y en un cabello, ¿será razón sepamos qué cabello es éste? A mi parecer, es la extremada humildad del corazón: ¿qué cosa más delgada y más flexible que

(1) Vultusque illius non sunt amplius in diversa mutati.—I Reg., 1.

un cabello de una doncella, que se cura y adereza la cabeza? Pues mucho más sutil, más delgada y flexible es la humildad. Un cabello apenas se parece, y el verdadero humilde en su reputación es como si no fuese. San Agustín decía: «Alto es Dios: si te humillas, humíllase á »ti; si te levantas y engrías, huye de ti». Adelgazaos y humillaos; que aunque la humildad es cabello, y tan delgado que apenas se ve, prende y ata á Dios, y le hará venir á vuestras manos. Este cabello, confiesa la Virgen soberana que fué el que ató y trajo preso del seno del Padre al Verbo divino, para tomar carne en sus dichosas y bienaventuradas entrañas: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, etc.* De manera que la fe y humildad de la Virgen hirieron y ataron á Dios, porque con estas dos virtudes así agradó al Hijo del Altísimo, que, aunque fortísimo y poderosísimo, le trajo herido, atado y preso. Toda la Virgen era hermosa, y sus cosas le parecían bien al Esposo soberano; pero su mirar lleno de fe y su tan profunda humildad fueron más para que tomase carne en sus entrañas que otras virtudes.

En un salmo se escribe: *El querido es como el hijo de los unicornios* (1). Divino sentimiento el del Profeta, y que declara admirablemente la pasión de amor en el Hijo de Dios; porque del unicornio dice San Isidoro que es un animal

(1) Dilectus quemadmodum filius unicornium.—Ps. 28.

indómito, feroz y ligero, y para asirle sólo un remedio hallan los cazadores, y es ponerle delante una doncella hermosa, á cuya vista naturalmente pierde la ferocidad, y herido de sus amores se viene á ella todo rendido y se arroja en su regazo, adonde ella le echa el lazo, y los cazadores se aprovechan de él y le llevan preso. ¡Oh divino Unicornio, que aunque indómito y ferocísimo, y de nadie jamás encadenado, cuando los hombres te pusieron delante esta doncella María, de tal manera te amansaste, que, como olvidado de tu majestad y grandeza, herido de su mirar y preso de su humildad, tomaste carne en su vientre y te hiciste Hombre! Arrojásete en su regazo como Sansón en el de Dálila, y allí te cortó la cabellera y te dejó de manera que pudieron tus enemigos burlarse de Ti y escarnecerte. Porque, como dijo San Agustín en un sermón: «Si no fueras Hombre, nadie te prendiera, ni te azotara, ni te escarneciera, ni te pusiera en la cruz». Cortóte los cabellos nuestra Dálila divina, porque con la carne que te vistió encubrió la eternidad, inmensidad, sabiduría, fortaleza y poder que como cabellos adornaban tu Divinidad. ¡Oh sacratísima Dálila, que así ataste al Fuerte y enflaqueciste al Poderoso! ¿Y con qué? Con tu fe y humildad. Oso afirmar, dice Bernardo, que sin humildad no agradara la Virgen á Dios con todas las demás virtudes. ¡Qué bien dijo San Agustín: «Tan- to tiene un hombre de caridad cuanto tuviere de

humildad, porque la humildad hace camino á la caridad y á las demás virtudes; yo la suelo llamar guardajoyas de la casa de Dios, porque sola ella guarda y tiene á buen recaudo las virtudes todas!» Guerrico dice que la humildad puede más que Dios, y San Buenaventura que compete con la Omnipotencia divina. Esle muy fácil á la humildad vencer á Dios, siendo invencible, y atarle, siendo todopoderoso, y de Juez temeroso convertirle en piadoso Padre. La humildad no sólo justifica á los pecadores, pero á los justos sube y levanta á toda perfección; y siendo de las virtudes la mayor, á sí misma no se reconoce por virtud. Por lo cual dijo un sabio que el verdadero humilde no tiene ojos. Balduíno, grave doctor, explicando aquel lugar del Eclesiastés que dice: *Tanto te humilla quanto tienes de grande*, escribe: «necesario es que iguale la humildad con la dignidad; tan humilde has de ser como alto, de manera que la dignidad sea medida de la humildad». En la honra, la humildad es honra de la honra, y toda dignidad es indigna de este nombre si se desdeña de cosas humildes. Mas la humildad á solas y sin honra basta para ser honrada, porque ella es así, y á todas las cosas honra; pero la honra sin humildad va camino de confusión. El glorioso Bernardo, filosofando sobre aquella visión de Isaías, el cual dice que vió al Señor sentado sobre un trono alto y muy levantado, y que la tierra toda estaba llena de su majestad, llegando á estas pala-

bras: *Et ea, quæ sub ipso erant, replebant templum*, y las cosas que debajo de Él estaban llenaban el templo; dice así: «Humíllate debajo de la poderosa mano de Dios, para que puedas hallarte con Él en su santo templo». Por ventura ¿piensas que sin diferencia y escrutinio han de ser admitidos en su casa los hombres míseros, no habiendo quedado en ella indiferentemente los ángeles, ó que no hará distinción entre los terrones el que la hizo entre las estrellas? Mas, dime: ¿qué tal será necesario que se halle el hombre que hubiere de sustituir y ocupar el lugar de que fué echado el ángel? Verdaderamente limpio y libre de toda maldad, y principalmente de aquella que, por hallarse en el ángel, le hizo aborrecible á Dios para siempre. Sola la humildad es agradable á Dios, ora esté en los ángeles ora en los hombres; y el que está sentado en el Trono de gloria, solos aquellos elige para llenar su templo que le están sujetos y le están humildes.

De manera que, según sentencia y parecer de Ruperto, la uniformidad de los deseos justos, con perseverancia y atención, y la profunda humildad, son el ojo que hiere á Dios y el cabello que le prende y ata. El corazón soberbio no halla entrada en el templo santo de Dios ni en el trono de su gracia, porque escrito está: Dios resiste á los soberbios, y la vagueación y multiplicidad de los pensamientos le destierran de nosotros. Nunca alcanzaremos nada ni será de

provecho cuanto trabajáremos, si en la oración no estamos unos y humildes. Aunque los ojos son dos, no ha de haber ni ver más que uno para acertar y herir la caza; y aunque los cabellos son tantos, uno sólo es el que ata á Cristo. Algunos quieren decir que la Iglesia tiene dos ojos; uno con que mira y atiende á las cosas que tocan á la vida corporal, y éste es el izquierdo; otro con que mira las cosas espirituales y eternas, que es el derecho, con el cual agrada tanto á Dios, que se confiesa herido de su mirar. Cuando Marta y Magdalena servían á Cristo, la una en las cosas del cuerpo, la otra en las del espíritu (porque Marta andaba solícita aderezando la comida, y María atenta oía su palabra), mirándolas el señor y pesando sus servicios, dijo (1): *Marta, Marta, solícita andáis y entre tantas cosas distraída y turbada; una es necesaria, y ésa escogió María; ella es la que me ha herido y me tiene preso. ¡Oh cuánto va de servir yo á Dios á servirme Dios á mí! En las obras exteriores, aunque sean de piedad, yo soy el que sirvo á Dios; mas, en la contemplación, Dios me sirve y administra y da de comer; y por eso es mejor la parte de María que la de Marta. Según esto, el ojo que hiere, roba y hechiza á Dios es el que mira á las cosas eternas y sobrenaturales; de lo cual parece haber hecho men-*

(1) Luc. 10.

ción el Apóstol cuando á los filipenses dijo (1): «De una sola cosa trato, olvidando las demás á que solía estar aficionado, y dejándolas atrás; y es alargar el paso y correr lo posible, por salir con el premio que me está señalado conforme á la vocación divina». Esta consideración le hacía al mismo Apóstol parecer liviano y breve todo lo que de trabajo se le ofrecía en la vida presente, porque no contemplaba con el ojo izquierdo lo que se ve, sino con el derecho lo que no se ve; que lo que está sujeto á esta vista corporal, temporal es; mas lo que ella no alcanza, eterno. Por el cabello entienden estos mismos doctores la prontísima obediencia para todo lo que es del gusto de la esposa. Que aun lenguaje español es, cuando queremos significar la prontitud de uno en obedecer, usar de este término: llevarle heis por un cabello. Los hebreos leen de otra manera: *In uno torque colli tui*. En un collar de tu cuello. Y hace harto al caso para lo que vamos diciendo esta interpretación, porque, en la Escritura, *collar* significa obediencia, como consta de lo que dice el Sabio: «Oye, hijo mío, la doctrina de tu padre, y no te olvides de la ley de tu madre, y será gracia para tu cabeza y collar para tu cuello» (2).

(1) Unum autem: quæ quidem retro sunt obliviscens, ad ea vero, quæ sunt priora extendens me ipsum, ad destinatum persequor, ad bravium supernæ vocationis.—Ad Philip., 3.

(2) Prov., 1.



CAPITULO XIV

EN QUE PARTICULARMENTE SE DECLARA QUÉ
OJO ES EN EL ALMA EL QUE HIERE Á DIOS

ESTA doctrina es muy provechosa é importantísima para este santo ejercicio de la oración, pero no agota ni aun llega á la profundidad y secreto de las palabras del Esposo. Por lo cual se ha de notar que nuestra alma tiene dos como ojos con que mira á Dios: el uno se llama *inteligencia*, que, según San Agustín, es aquella fuerza del ánima que inmediatamente se encamina á Dios y le mira como á sumo y verdadero y verdaderamente inconmutable Bien. El otro ojo se llama *afecto*, que, como dice Ricardo, es una voluntaria y dulce inclinación de la misma ánima á su Criador. El ojo de la inteligencia es el izquierdo, el del afecto es el derecho. El uno conoce especulando, y el otro amando. Y aunque, según nuestra filosofía, no se ama sino lo que se conoce, y que como San Agustín dice (1): «Podemos amar lo que nunca vimos,

(1) *Invisa possumus diligere, incognita nequaquam.*

mas no lo que no conocemos». Nunca Dios se da por lastimado y herido con ambos ojos, ni con el izquierdo solo, sino con el derecho, que de éste, como de más principal, habla cuando dice: *Herísteme en uno de tus ojos*. Porque verdaderamente aprovecha muy poco conocer de Dios grandes cosas, si tras ese conocimiento no va el afecto. De aquí es que la potísima razón por que, habiendo tantos letrados, hay tan pocos santos, es porque todos los más van por la vía especulativa, y muy pocos por la afectiva y unitiva. No tienen más de un ojo, y es izquierdo; son tuertos, y por eso indignos de entrar en el *Sancta Sanctorum* de Dios, según la ley del sacerdocio antiguo.

Dijo muy bien el Filósofo (1): «Cada cosa obra conforme al ser que tiene; si el fin es limitado, halo de ser también su virtud y operación». Y como nuestra alma sea finita y limitada en su ser, es negocio llano que, cuanto más empleare su virtud en una cosa, menos le ha de quedar que repartir y emplear en otras. Como una fuente que tiene dos caños, que cuanto más se desagua por el uno, tanto menos le queda que comunicar por el otro. El entendimiento y voluntad son en el hombre como dos balanzas, que el subir de la una es el bajar de la otra; si sube mucho la especulación, baja la afección.

(1) *Unumquodque sicut se habet ad esse, sic se habet ad virtutem, et operationem.—Arist., 9, Met.*

Por eso le encojaron al Patriarca Jacob el un pie cuando le dieron la bendición en aquella lucha que tuvo con el Ángel, porque coja quiere Dios el alma del contemplativo; y no se os ha de ir todo en especular y saber cosas de Dios, sino que habéis de dejar tiempo para que la voluntad goce, y el afecto, que es el ojo derecho, penetre y entre donde la inteligencia no puede llegar, y hiera á Dios y nos le traiga á las manos. Si el ama que cría un niño, cuando le quebranta la comida con la boca para que, así molida y quebrantada, la pueda digerir y sea de gusto y entre en provecho, se la comiese, ¿qué provecho le tendría al niño? Nuestro entendimiento ¿qué es sino ama de la voluntad? Porque á él pertenece desmenuzar y quebrantar las verdades divinas con la atenta consideración, no de manera que sólo él se quede con ellas, sino para que, después de entendidas y averiguadas, las presente y ofrezca á la voluntad, para que ella las abrace y guste, y así se encienda en el divino amor. Si se queda con ellas sólo el entendimiento, ¿no es en daño notable de la voluntad? ¿Qué vano ejercicio no sería el de un cazador que anduviese siempre á caza con un perro que, matando muchas liebres, se las comiese todas? Pues tan vano es, ó poco menos, el ejercicio de la oración, si nuestro entendimiento se queda con todo lo que investiga y conoce de Dios, y no lo presenta á la voluntad para que lo ame y se sustente de ello. Y

¿cuántos hay que toda la vida se les va en aguzar el entendimiento, sin gastar una hora con la pobre voluntad? Por esto son acutísimos en la teología escolástica y especulativa, y muy torpes y rudos en la mística. Éstos nunca hieren á Dios por mucho que le miren, porque siempre le miran con el ojo izquierdo, el cual no alcanza á ver la interna Sabiduría, ni entra adonde ella está.

Entre los antiguos filósofos, fué cuestión muy dificultada y reñida que, habiendo en nuestra ánima dos facultades, una de conocer y otra de apetecer, que se llaman inteligencia y afecto, de cuál de ellas se había de usar para llegar el hombre á la extremada felicidad y sumo bien. Los griegos casi todos afirmaron que, conociendo y contemplando, alcanzaban los hombres la suprema felicidad. Y de aquí vino Aristóteles, hombre de admirable ingenio, á principiar sus libros de metafísica de las ciencias y conocimientos diciendo (1): *Todo hombre naturalmente desea saber*. Y en el lib. 10 de las *Ethicas* trae aquella sentencia de Simónides, que dice (2): *El hombre no nació para sólo contemplar las cosas humanas*. De donde se colige que la contemplación y conocimiento de las cosas divinas es el fin prin-

(1) Omnis homo naturaliter scire desiderat.—I *Meth.*; *Eth.*, 10.

(2) Homo non in eam rem tantum natus est ut humana contempletur.—*Eth.*, 10.

cipal de la vida humana. Pitágoras, príncipe de la filosofía entre los griegos, tratando esta cuestión, según que Platón lo refiere, hizo distinción entre las cosas divinas y humanas, y entre los bienes finitos é infinitos, y dice que diferentemente nos habemos con los unos que con los otros. Porque los bienes finitos y perecederos, primero los conocemos que los amamos, y aun importara mucho aborrecerlos, para alcanzar entero y perfecto conocimiento de ellos. A lo cual parece aludir aquel dicho de San Pablo (1): «El hombre espiritual (que de veras ha dado de mano á las cosas de la tierra) todo lo conoce y escudriña perfectamente». Porque cuanto con más veras se menosprecian los bienes caducos y perecederos, y todas aquellas cosas que nos pueden apartar de la virtud, tanto más perfectamente se conocen sus naturalezas y propiedades. Lo cual es muy al contrario en los divinos sobrenaturales, que apenas, por su gran dignidad y majestad, pueden ser comprendidos ó entendidos, sin que preceda en nosotros amor y afecto á ellos. Porque los habemos de investigar, no tanto para conocerlos cuanto para amarlos. La razón del mismo Pitágoras es, porque el amor transforma al amante en la cosa amada, á cuya causa, aunque entre Dios y el hombre ninguna razón de proporción se halle para compararse á

(1) Spiritualis homo omnia dijudicat.—I Cor., 2.

Él, aquello que falta á esta proporción lo suple el afecto de la caridad transformante. Razón divina, por cierto, y muy conforme á toda buena filosofía y teología, la cual yo entiendo en esta manera. En la Sagrada Escritura se llama Dios fuego. No porque formalmente sea fuego, sino por traslación ó semejanza (*ut Aug. ait*); y por esa misma traslación de palabras, el ángel se puede llamar cuerpo lúcido y claro, y nuestra ánima cuerpo concreto, en cuanto está encerrada en esta cárcel de la carne mortal y corruptible. Pues de la manera que los cuerpos diáfanos y transparentes, cuales son el aire y el agua, súbitamente los vemos llenos y rodeados de luz de dentro y de fuera, pero los cuerpos terrestres y concretos primero se han de calentar fuertemente y adelgazar, á la manera y semejanza del diáfano, antes que conciban la luz y claridad del fuego, así los divinos espíritus separados de cuerpo, como claros y diáfanos, súbitamente reciben la luz y conocimiento divino; pero nuestras almas, juntas á los cuerpos terrestres y pesados, tienen necesidad del incendio del amor extenuante y transformante para que, extenuadas y adelgazadas, y traídas á la similitud divina, sean ilustradas finalmente con el resplandor de la soberana ciencia y altísimo conocimiento del Criador. De aquí tuvo principio aquella célebre sentencia de Porfirio, que dice: *El especular con el entendimiento las cosas divinas, purifica el ánima; mas el amarlas, la dei-*

fica y la endiosa (1). De manera que el parecer de Pitágoras y sus seguidores es que las cosas divinas y soberanas, para perfectamente entenderlas, no se han de buscar sin amor; y así determinaron que el primer elemento de la verdadera metafísica había de ser el amor.

Confirma este parecer el de San Agustín, el cual dice (2): «Tanto con mayor certidumbre y serenidad vemos á Dios, cuanto con mayor afecto le amamos». De manera que la caritativa y amorosa afección inmediatamente se ha de seguir á la contemplación, como más excelente y más perfecta, y que perfecciona el entendimiento contemplativo, porque la voluntad, como postrera en orden, descubre al entendimiento su perfección. De lo cual es señal harto clara ver que la voluntad manda al entendimiento buscar y hallar la noticia, que es perfección y parto suyo. Así lo afirman San Agustín y Hugo diciendo: «Aventájase el amor á la ciencia, y es mayor que la inteligencia, porque más se ama á Dios que se entiende, como se ve en muchas personas simples, que tienen muy poca ó ninguna especulación y son muy aventajadas en la ciencia de amor, el cual confiadamente entra donde la ciencia no puede. La razón es porque

(1) Inquisitio divinorum purificat animum, amor vero deificat.

(2) Quanto flagrantius Deum diligimus, tanto certius sereniusque eum videmus.—Aug., lib. 8 de *Trinit.*, cap. penúlt.

el amor presume más, y es más atrevido. Si me llevaste á mi Querido, dímelo, dice Magdalena, que yo le volveré al monumento (1). Tiene una agudeza que penetra todas las cosas, y, siguiendo el ímpetu del ardiente deseo, no puede disimular hasta llegar á lo que ama. Gilberto, abad, dice: *Más interior es la caridad que la ciencia; más adentro tiene su lugar; vuela el espíritu enamorado á los retretes y escondrijos de Dios* (2). Y mejor que todos dijo San Agustín: «Ningún bien sobrenatural y divino se conoce perfectamente, si perfectamente no se ama» (3). Por esto aconseja el Eclesiástico, á los que desean saber mucho, que amen mucho (4): Los que teméis á Dios, amadle y serán alumbrados vuestros corazones. Y el mismo Cristo nuestro Maestro dijo á sus discípulos (5): *El amor os enseñará todas las co-*

(1) Si sustulisti eum dicito mihi, ut et ego eum tollam.—Joan., 20.

(2) Charitas intimior est quam scientia, et ad secretiora pertingit, omnia enim interiora perflat spiritus amoris, qui et scrutatur profunda Dei.—Gilbert.

(3) Nullum bonum perfecte noscitur quod non perfecte amatur.—Agustín, lib. 83, q. 35.

(4) Qui timetis Dominum, diligite illum, et illuminabit corda vestra.—Eccles., 2.

(5) Unctio docebit vos omnia.—I. Joan., 2.

En rigor, sólo toma de Cristo el sentido y no las palabras que cita de la primera Canónica de San Juan. Las palabras de Cristo se referían al amor substancial, que es el Espíritu Santo. Véase el Evangelio de San Juan, xiv, 26.—(Nota del Editor.)

sas, que aun allá Platón, en su convite, le llama maestro de todos y para todas las cosas. Y por que no parezca que digo solos los inconvenientes, y no enseño lo que conviene, adviertan todos los que desean aprovechar en este santo ejercicio lo que en el caso dicen los contemplativos. El ánima devota, que por actos anagógicos desea ser llevada á Dios, aprenda á apartarse por la fuerza natural atractiva que tiene, esto es, por entendimiento agente de fantasmas, especies ó semejanzas de las cosas criadas, pues lo hace un bruto, que por la virtud estimativa de las especies, que por los sentidos percibe, saca otras que no son de ellos, como la oveja, que tiene miedo al lobo y amor á su cordero. Saca de esta consideración el divino Dionisio un divino documento en esta forma: Todas las veces, dice, que en la meditación y contemplación de Dios se sabe que tal es la cosa que se ve y nos pareciere que se parece con otra alguna de todo el mundo, sepamos certísimamente que no vemos á Dios al descubierto. Lo mismo se ha de entender de los ángeles, porque Dios no es corporalmente grande, ni blanco, ni colorado, ni amarillo, ni rojo, ni de otro algún color, como no lo son los ángeles, y así no pueden Él ni ellos percibirse como son por los sentidos exteriores. Alberto Magno, en un tratado que compuso de cómo el alma se ha de llegar á Dios desnudo el entendimiento y el afecto, da la razón de este documento de San Dionisio dicién-

do: «Como Dios sea espíritu y convenga que los
 »que le adoran le adoren en espíritu y verdad,
 »esto es, con amor y conocimiento, ó con enten-
 »dimiento y afectos desnudos y libres de las fan-
 »tasmas ó semejanzas de las cosas criadas, es
 »necesario que todas estas especies, imágenes y
 »formas de lo que no es Dios las destierres del
 »alma, para que en solo el entendimiento desnu-
 »do y afecto puro, esto es, en la razón y volun-
 »tad, esté pendiente y colgado tu ejercicio acer-
 »ca de Dios dentro de ti mismo». Porque el fin
 de todos los ejercicios espirituales no es otro que caminar á Dios, y de todo en todo quietarse en Él, y esto dentro de sí cada uno por purísimo entendimiento y devotísimo afecto, sin las dichas imágenes é implicaciones de los otros sentidos y potencias. Estas cosas tan altas y tan soberanas no se obran en los órganos del cuerpo, ni por los otros sentidos, por los cuales el hombre no es hombre. Por lo cual, en cuanto juega con las fantasmas y cosas sensibles, y con afición se allega á ellas, no es visto salir de los límites de su bestialidad, esto es, de aquello que tiene común con los brutos, los cuales, por las especies sensibles que reciben por los sentidos corporales, conocen y se aficionan, y no de otra manera, porque no tienen en su ánima alguna fuerza ó potencia más alta. Otra cosa es en el hombre, criado á la imagen y semejanza de Dios en el entendimiento, afecto y albedrío libre, que mediante estas virtudes y facultades,

si están bien dispuestas, inmediata y desnudamente se puede venir y juntar á Dios con gran firmeza. Esta disposición enseña San Buenaventura en el libro de sus soliloquios y sobre el primero de las sentencias, diciendo: «¡Oh ánima devota! Si aspiras á la celestial dulcedumbre, mira que tengas bien purgado el entendimiento y dispuesto el afecto», porque, conforme al parecer de San Agustín, «el sumo Bien no se ve sino de almas muy puras, y yo creo que no se gusta sino de afectos muy bien dispuestos». De muchos ¡ay de mí! se contempla Dios en esta vida con despabiladísimos entendimientos, los cuales en ninguna manera gustan de Él. Clama, pues, con el beatísimo Agustín, y dice: «Hacedme, Señor, gustar por el afecto lo que percibo por el entendimiento. Hacedme sentir por el amor lo que siento por el conocimiento que de Vos tengo».

El Maestro de las Sentencias dice: «Que la agudeza del entendimiento humano no es poderosa para fijarse en la luz excelentísima del sumo Bien, si no es que primero se limpie por la justicia de la viva fe, que hace justo al hombre en sus obras; que, como dijo San Pablo, la fe purga el entendimiento. La justicia generalmente tomada, que es una rectitud del ánima con respecto á Dios y al prójimo, purga el afecto. En la purificación de uno y del otro hay tres grados. Hay entendimiento *purgado*, *más purgado* y *purgadísimo*; dicese purgado el entendi-

miento cuando es abstraído y apartado de las cosas sensibles y exteriores, especies y figuras, porque Dios no es visible, ni tangible, ni adorable, ni gustable, ni sensible. Entendimiento más purgado es, cuando se abstrae de las fantásticas y vanas imágenes que se depositan en los sentidos interiores, porque Dios no es terminable, ni figurable, ni numerable, ni circunscriptible, ni conmutable, ni imaginable. Entendimiento purgadísimo es el que se abstrae y aparta de las físicas y naturales racionaciones, silogismos y discursos, porque Dios no es demostrable, ni definible, ni opinable, ni estimable, ni investigable, ni inteligible.

También tiene el afecto sus tres grados de purificación, y cuando está limpio, por la penitencia, de toda culpa, se dice *purgado*. Cuando lo está de las secuelas del pecado, esto es, de las viciosas y malas inclinaciones por la resistencia, se dice *más purgado*. Cuando de las ocasiones del pecar, porque huye de todas ellas, *purgadísimo*. Mas de qué manera podrá nuestro espíritu apartarse de las fantasmas y representaciones de las cosas, cuando trata de los anagógicos excesos, enséñalo el devotísimo Gerson en su *Teología práctica*, consideración última, diciendo: «Que esto se puede hacer si el hombre no para en el conocimiento de Dios cuando medita y piensa en Dios, trabajando por pasar luego al afecto, y aspirando con el corazón al gusto sabio del que todo es amable, todo sua-

»ve y de codicia en la bondad; todo terrible y
 »espantoso sobre los hijos de los hombres en la
 »potencia y señorío de juez; todo grande y ad-
 »mirable en la sabiduría que no tiene número.
 »Ocurrirte ha en esta lucha y consurrección tra-
 »bajosa, dice Él, gran tropel de fantasmas,
 »imágenes y figuras de cosas; pero tú fuerte-
 »mente las has de rechazar y desterrar de ti
 »cuanto te fuere posible, con la mano de la de-
 »voción, y, como sacudiéndote la cabeza, pro-
 »cura salir libre en el espíritu». En otra parte
 dijo el mismo Gerson: «Cualquiera que quisiere
 afectuosamente subir á Dios, hágalo con discre-
 ción, por que no dañe la cabeza, y aprenda á
 pensar de Dios sin alguna cosa corporal y sin
 imágenes y especies sensibles, de manera que
 no piense en cosa grande ó pequeña, blanca ó
 negra, larga ó breve, ni le contemple en este ó
 en aquel lugar existente; sino, sacudidas las ta-
 les imaginaciones y fantasías, levante el cora-
 zón á las cosas puramente espirituales é incor-
 póreas, pensando la potencia de Dios, con que
 lo puede todo; la sabiduría, con que alcanza y
 mira lo pasado, presente y porvenir; la bondad,
 con que á todas las cosas quiere bien y á ningun-
 a mal, y por consiguiente su misericordia, dul-
 zura, hermosura, etc.» Da también un aviso im-
 portantísimo para meditar acerca de la Pasión
 de nuestro Redentor, diciendo que en las imá-
 genes que representan estos misterios no se fije
 demasiado y por largo espacio el pensamiento,

sino que trabajemos subir de semejantes figuras
 é imágenes á lo alto, esto es, á la espirituali-
 dad, que ellas representan. Y para que no pa-
 rezca imposible, trae un ejemplo del Santísimo
 Sacramento del Altar, que adoramos en las ma-
 nos del sacerdote, como á verdadero Dios y
 hombre, Redentor del género humano. Y dice:
 no nos detengamos en la consideración de aque-
 llo que se ofrece corporalmente á los ojos, con-
 viene á saber: acerca de lo redondo de la Hos-
 tia, blancura y pequeñez; sino forcemos y vio-
 lentemos nuestro entendimiento, pues es poten-
 cia que obedece á la voluntad, á que se aparte
 con el pensamiento de aquellas especies visibles
 y pase á las cosas invisibles que á los ojos inte-
 lectuales representa la fe católica. Y respondi-
 mos á nuestros pensamientos que aquello que
 ven los ojos del cuerpo no es Dios, sino lo que
 ven los ojos del corazón. El mismo documento
 da á los que oran delante de las imágenes de
 Santos y de la Virgen, que, por ser demasiados
 en mirar sólo lo exterior de ellas, suelen padecer
 hartas inquietudes y escrúpulos, de lo cual soy
 yo harto buen testigo, porque el fin que en ellas
 tiene la santa Iglesia es que, por lo corporal
 que vemos, nos levantemos á lo espiritual é in-
 telectual. Al fin ninguno jamás podrá contem-
 plar con aprovechamiento si no desnudare su
 entendimiento de fantasías y purgare su afecto
 de culpas y de viciosas y malas inclinaciones y
 huyere de todas las ocasiones de ofender á Dios,

porque escrito está (1): *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.* Y está claro que el ojo sangriento no puede contemplar las cosas celestiales, ni el corazón de carne las riquezas del espíritu.

(1) Matth., 5.



CAPITULO XV

DÓNDE SE PROSIGUE LA MISMA MATERIA Y SE TRATA DE LA NECIA SABIDURÍA QUE VENDE TODA HUMANA SABIDURÍA.

AQUEL grande contemplativo Dionisio, tratando de la sabiduría que por la vía afectiva se alcanza, dice: «Decimos y afirmamos que esta sabiduría irracional, loca y necia es digna y merecedora de toda alabanza, porque es causa de todo entendimiento, razón, sabiduría y prudencia» (1). San Buenaventura, en su teología mística, explica estos tan peregrinos términos de San Dionisio en esta forma: «llama, dice, á la sabiduría *irrationable*, porque la razón no la alcanza y es sobre toda humana razón; de la cual no usa investigando, es decir, que la teología de que hablamos no se alcanza racionando, sino amando; llámala *amente*, esto es,

(1) Hanc igitur irrationabilem, amentem et stultam sapientiam excedentem laudes dicimus quod est omnis mentis et rationis, omnis sapientiae et prudentiae causa. Dion. Lib. *De Divin. Nominib.*, cap. 7.